

## UNA ESCUELA RURAL HACE VEINTE AÑOS

*Juan Bosch*

La sección de Río Verde, orillas de la gran sabana de San Lorenzo, y atravesada como un tronco en el camino de Moca a La Vega, no se distinguía por abundancia de hombres progresistas. Allí estaba reventado con toda su violencia el más genuino espíritu de piratería que pudo quedar rezagado en el Cibao.

Mi familia, compuesta de dos generaciones extranjeras y una que era retoño de dominicanidad, tenía en Río Verde sus raíces económicas, pero cebaba las espirituales en Europa. De ahí que entre mi padre y mi abuelo lograran crear una escuela rural cuya razón de ser era la necesidad de que mi hermano y yo recibiéramos instrucción.

Entre un espeso palmar, junto a amplia y cenagosa laguna, defendido del camino real por casi cien metros de matorrales y potreros ralos, estaba el bohío que escogieron para local. Era bajito, de tablas de palma, con cobija de yaguas y piso de tierra. Lo pintaron con cal y le remendaron el agujereado techo.

A aquel bohío fué la maestra con su familia. De casa le enviaban la comida y unos cuantos pesos para que “fuera viviendo”. Era ella una muchacha arrogante y gentil; joven, blanca, bien educada; tenía los pómulos anchos como un mongol; los ojillos negros estaban separados como las piedras grandes en las sabanas peladas, y se recogían bajo rectas y escasas cejas; la boca era fina, de perfecto dibujo. En toda la cara le bailaba una alegría sana, que le daba aspecto de cosa luminosa y grata. Se llamaba Panchita. Entre otras gracias tenía la de su voz, tibia y acariciante; la de su plante, altivo, y tímido a la vez, y una acerada energía a la hora del castigo. Los cabellos rojizos y rebeldes, le caían en dos crenchas sobre las sienes y se enredaban en hermoso moño.

La “señorita Panchita” vestía siempre blusas blancas, de largas mangas, llenas de encajes en el cuello, en los puños y en el “vuelo”. Se man-

---

*(Este trabajo fue escrito en 1933, hace 53 años, cuando el autor tenía 24. Fue publicado en la Revista de Educación, No. 27, año 1935).*

tenía limpia como piedrecita del río. Tenía los hombros amplios, la estatura de buena medida y calzaba zapatos altos hasta media pierna, de larga línea de botones. No he vuelto a ver una mujer sentada con la altivez, la altura de pecho, la gracia de cabeza ni la caída de manos sobre la falda que tenía Panchita cuando ocupaba su parda y pequeña silla serrana a la hora de las lecciones.

El salón de clases de aquella escuela rural era la primera habitación, que tendría a lo sumo tres metros de largo por dos de ancho. Una puerta minúscula daba al comedor y otra brumosa, eternamente oscura, con la litografía de un santo clavada en el centro, abría paso al aposento. Junto a las paredes había seis o siete sillas serranas, sucias, derrengadas y con apariencia de cansancio. El piso era polvoriento y tortuoso. Parecía de tierra quemada.

Al entrar dábamos los buenos días y besábamos a la maestra. Después nos arrodillábamos para saludar al padre de la “señorita Panchita” un viejo paralítico, pequeño, flacucho, y amarillo, con la frente seca y grande, como calabazo viejo. El viejo se pasaba las horas muertas en una desvencijada mecedora. La barba parecía un resto de algodones blancos entre los huesos de la cara y el cabello, escaso y gris, me producía la impresión de hilos sucios cayéndosele de la cabeza.

Preguntábamos además por la familia, le pedíamos la bendición a doña Colasa, la mujer del paralítico, y después nos sentábamos con la mayor circunspección posible.

—Empieza la lección—anunciaba la tibia voz de la maestra.

Y señalando el amarillento libro “Mantilla” con un lápiz leía: A, a...

—A, a . . . —coreábamos todos.

La población escolar era bien rala: Felipito, descolorido como barro malo, de ojillos apagados y cara larga, tenía siempre el labio inferior caído y las manos desgonzadas. Hablaba con voz más haragana que buey viejo. Estaba también Cheché, oscuro, corto de cuerpo y entendimiento, insolente y rencoroso. Recuerdo que padre decía de él cosas poco agradables, porque tenía el pelo revuelto y rojo, y papá aseguraba que era mala gente la de color que tenía tal cabello. Había otro, un grandullón llamado Piro, que ordeñaba vacas en casa de Calderón, nuestro vecino. Llegaba a la escuela con los ojos hinchados de sueño y se dormía tranquilamente mientras la señorita Panchita leía con su grata voz aquello de ere, ar. . . ar. . . be, o, ele, bol, árbol” . . .

Cuando alguien olvidaba que estaba en la escuela y se entretenía viendo los patos, o siguiendo el revuelo de las ciguas entre las palmas, el

viejo levantaba su tembloroso índice y Panchita se levantaba dulcemente, con asombrosa lentitud. Se acercaba sonreída, serena, armada de una zumbadora varita de “luigome”.

Si el descuidado reincidía, además de la “pela” se ganaba buen rato de castigo. Consistía éste en estar arrodillado, una piedra bastante pesada en cada mano y la cabeza alta. Debía estar así hasta que el sol no llegara a la señal que hiciera la maestra en el suelo o en la pared.

El empujón de urña de aquellas revoluciones nuestras, tan vertiginosas y tan inclementes, nos sacó de Río Verde. Mi familia plantó su tienda en otro campo llamado El Pino. Ahí tuvimos también escuela, y una adorable maestra de nombre Anita. Pero ya habíamos dado los primeros pasos con Panchita, cuya blanca figura no logro desprender del recuerdo.

De nuestros compañeros hizo la vida distintas cosas. Cheché, por ejemplo, que adolecía de una embrollada y peligrosa rebeldía, murió en la cárcel hace pocos años. Piro escogió la vida de los cantones. A esta hora ordeñará vacas en algún escondido rincón del Cibao, si es que no se quedó bajo escasa tierra, con cruz de pomos a la cabecera, en cualquiera encrucijada donde tuviera que responder de su valor frente a los soldados. Felicito sigue en Río Verde. Le he visto varias veces, con aires de imprescindible, si bien tiene todavía aquel color de barro desteñido, aquel labio caído, y sigue padeciendo de flacura en sus ambiciones.

Aprendimos bien poca cosa en la escuelita rural de Río Verde; pero ella fué en mí como la tala en el monte tupido que el campesino escoge para “fundo”. Además había algunas enseñanzas que no están en los libros, ni en las palabras ni en los programas escolares, y que no he encontrado otra vez: el porte distinguido de Panchita, el obstinado silencio del paralítico, la humildad que nos metieron en el cuerpo la voz suave de la maestra y el obligado saludo de rodillas.

Bien pudiera ser que esas cosas de nada valgan hoy. Pero pudiera suceder que lo que sobre sea lo otro y lo que falte sea aquello. De todos modos, cada vez que pretendo ser distinto me asalta el recuerdo de Panchita, el índice acusador del viejo. Y otra vez retorna a mi la bondad del niño, el mariposeo espiritual que tan feliz me hacía; y hasta el sol amarillo de aquellos días; y hasta la ternura de barro blando que tuve entonces.

El último rincón de mi hechura está lleno con aquella escuelita rural, blanca, menuda y humilde.